

LA AUREOLA.

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

LA MUERTE DE JESUS.

TRADUCCION DE ROUSSEAU.

La magestad de la Sagrada Escritura asombra; la santidad del Evangelio habla al corazón. Véanse los libros de los filósofos con toda pompa; ¡cuán pequeños son al lado de aquel! ¿Es posible que un libro, á la vez tan sublime y tan sabio, sea la obra de los hombres? ¿Es el tono de un entusiasta ó de un ambicioso sectario? ¿Qué dulzura! ¿Qué pureza en sus costumbres! ¿Qué afectuosa ternura en sus máximas! ¿Qué profunda sabiduría en sus discursos! ¿Qué presencia de espíritu, qué finura, qué precisión en sus respuestas! ¿Qué imperio sobre sus pasiones! ¿Dónde está el hombre, dónde el sabio que sabe obrar, padecer morir, sin flaqueza y sin ostentación? Cuando pinta Platon á su imitador justo cubierto de todo el orgullo del crimen, y digno de todos los premios de la virtud, pinta en sus partes á Jesucristo; la semejanza de tal manera salta á los

ojos, que todos los Stos. Padres la han sentido, y no es dable equivocarse.

¿Qué de preocupaciones, y cuánta ceguedad no es preciso tener para atreverse á comparar al hijo de Sofronisco con el hijo de María! ¿Cuánta distancia de uno á otro! Sócrates muriendo sin dolor, sin ignominia, fácilmente sostiene hasta el fin su carácter; y si esta fácil muerte no hubiese honrado su vida, dudárase si Sócrates, con todo su talento fué algo mas que un sofista: inventó, segun dicen, la moral; otros ántes de él la habían puesto en práctica; no hizo mas que decir lo que ellos habían hecho; no hizo mas que poner en lecciones los ejemplos que ellos dieran. Justo habia sido Aristides ántes que Sócrates hubiese dicho qué cosa era la justicia. Habia muerto Leonidas por su país ántes que Sócrates hubiese señalado como un deber el amor de la patria. Es-

parta era sobria ántes que Sócrates hubiese elogiado la sobriedad; ántes que hubiese encomiado la virtud, abundaba la Grecia en hombres virtuosos. Pero ¿dónde habia tomado Jesús entre los suyos aquella pura y elevada moral, de que él solo ha dado las lecciones y el ejemplo? Dejése oír la mas alta sabiduría desde el seno del mas furioso fanatismo, y la sencillez de las mas heróicas virtudes dió honor al mas vil de todos los pueblos.

La muerte de Sócrates, filosofando tranquilamente con sus amigos, es

la mas dulce que se puede apetecer; la de Jesús espirando en los tormentos, injuriado, escarnecido, maldecido de todo un pueblo, es la mas horrible que temerse pueda. Sócrates al tomar la copa emponzoñada, bendice al que llorando se la presenta. Jesús en medio de un horrendo suplicio, ruega por sus encarnizados verdugos. Sí, es indudable, si la vida y muerte de Sócrates son de un sabio, *la vida y muerte de Jesús son de un Dios.*

PEDRO C. LABAT.

A la muerte de Jesús.

Soneto.

¿Y muere el Dios que sin igual victoria
 Consiguió de Satan en el desierto,
 Que en el Tabor de magestad cubierto
 Al mundo ingrato demostró su gloria?
 ¿Miente acaso en sus páginas la historia,
 O en la Cruz vemos su cadáver yerto
 Del eclipsado Sol al brillo incierto,
 Ofuscada de horror nuestra memoria?
 ¿A tanto llegar pudo en los mortales
 El crimen, que las manos impusieran
 Con crueldad en sus carnes divinales?
 Sí; lo ordenó el Señor ántes que fueran,
 Por disipar los infinitos males,
 Que en negra esclavitud nos sumergieran.

A JESUS.

Soneto.

Yo te adoro, Señor, porque naciste
 En humilde portal de gloria orlado,
 Y en seno virginal é inmaculado
 Sustento, amor y adoracion tuviste.
 Tú el mundo ingrato á redimir viniste
 Dó de agudas espinas coronado,
 Cual reo, escarnecido y enclavado
 En alta y ruda Cruz por mí moriste.
 Mi lloro corra en abundante vena
 Postrado ante el altar dó el sacrificio
 De tu sangre, revive el desconsuelo.
 É infundiendo en mi alma de tí llena
 Del pecado el horror, dáme propicio
 Paz en la tierra y gloria allá en el Cielo.

T.

LA HIJA DE ABEN-JUSEPH,

original

de D. Manuel Cañete.

La historia que vamos á describir, tiene tanta parte de verdadera como de fantástica: el argumento que hemos coordinado, no está separado de nuestro entender desnudo de adornos en un todo, y nuestro objeto en formarle ha sido que de él resulte un pensamiento moral y una

lección que pueda ser útil, hoy que tanto se hace alarde de despreocupacion, y que tan inmorales novelas traducidas nos regalan continuamente casi todos los periódicos: si hemos llevado á cabo, medianamente al ménos, nuestro intento, al público toca juzgarlo; si éste no lo cré

así, nos queda siquiera el consuelo de haber intentado una cosa que todos debieran ensayar, ya que es preciso publicar novelas y cuentos en los periódicos literarios, puesto que estos son del agrado de las jóvenes que se dignan honrarlos suscribiéndose. La persecucion que sufrieron los judíos y que aquí se describe, es altamente histórica, y se encuentra consignada en muchas crónicas y mamotretos antiguos, si bien tuvo efecto en la villa de Osuna, y en una época muy anterior á la en que presentamos nuestra historia; pero nos hemos valido de ella para formar un cuadro de las desgracias de esta desventurada nacion, que vaga errante vejada siempre por cuantos halla en su camino. porque creemos muy digno de compasion á todo el que, sean cuales fueren sus creencias, es maldecido por los demás hombres.

CAPÍTULO I.

Una declaracion amorosa.

Muerta de envidia y de amor,
De celos y de pesar,
Amo, adoro, busco y quiero,
Solicito, llamo, sigo
A un traidor, á un enemigo,
Por quien vivo y por quien muero.

MONTALVAN.

[No hay vida como la honra.]

Corrian los años de 1397 y reinaba en Castilla el muy alto y poderoso Señor D. Enrique III, apellidado el doliente en razon de sus

enfermedades continuas, cuando habitaban en Sevilla, rica y opulenta ciudad de Andalucía, un crecido número de familias judías, empleadas unas en un comercio licito y productible, y dadas otras á escandalosas usuras. La España presentaba en esta época un cuadro muy variado, y en su primer término se mostraba un rey débil por naturaleza, aunque de un teson extraordinario que parecia increíble comparado con sus achaques prolongados. Las continuas correrías que ejercitaban los moros granadinos en tierras del rey castellano, unidas á la ambicion desmedida de los grandes personajes de la corte, asentada á la sazón en Burgos, eran causas de continuadas revueltas y de pequeñas banderías, que conmovian los ánimos de los mas pacíficos ciudadanos: casi todas estas conmociones populares escitaban no pequeños recelos en los judíos, que por su posicion en la sociedad, por sus riquezas, y aun algunas veces por sus excesos, eran el blanco de los tiros de la multitud fanática y codiciosa de aquellos tiempos, que al par que envidiaba las riquezas de los descendientes de Abraham y de Jacob, miraba en ellos á la nacion proscripta, enemiga de su ley y de sus creencias. Estos distintos afectos producian al ponerse en un choque directo sus resultados, desfavorables siempre para la raza judaica, y mucho mas en una época en que por las infinitas mercedes hechas por D. Enrique II á los grandes que le asentarán en el trono de su cruel y

desgraciado hermano, el pueblo sus privaciones que no le eran á la verdad muy agradables. Estos pormenores no son del todo ajenos de nuestro propósito, porque de ellos deduce que una sola chispa bastaba para encender un volcan, y que el pueblo que miraba de reojo á los adios, esperaba con ansia un motivo, por leve que este fuese, para entregarse al pillaje y apoderarse de los tesoros que aquellos tenían tan cuidadosamente conservados.

Distinguiase entre todos por su riqueza el ilustre Aben Joseph, hombre de buenas costumbres y en extremo amante de su hija única Esther, la cual por su hermosura y por sus amables calidades, llamaba la atencion de cuantos la contemplaban. Esta jóven, cuyos negros y rasgados ojos herian las almas, era amada de un descendiente de Judá, llamado Benjamin, que si bien carecia de bienes de fortuna, poseia un crecido número de dotes en extremo recomendables, y una gallardía en sus ademanes y en su interesante figura, que demostraba desde luego su valeroso corazon. Aben-Joseph hombre de muy bellos sentimientos, y fanático como buen judío, ocultaba de la vista de los cristianos á su querida Esther; y acogia con beneplácito la ardiente llama del joven Benjamin, porque conocia su honradez, y esperaba poder unirlos algun día; pero la desgracia que acecha cautelosa deseando cebarse en aquellos que mas dichosos parecen, empezó desde este instante á perseguirlos; y hé aquí la causa de

la ruina de esta familia. Habia en Sevilla entre lo mas florido de la nobleza, un jóven y galán caballero que se nombraba Garci-Fernandez, hombre que desmentia por sus ruines pensamientos la ilustre alcurnia de que descendia, y el cual habiendo visto una tarde en las amenas orillas del Guadalquivir á la hermosa hija de Aben Joseph, se habia enamorado perdidamente de su belleza, á pesar de no haberla podido examinar con exactitud á traves del espeso velo que la encubria. Desde este instante fué su único pensamiento adquirir á cualquier precio el amor de Esther, y este hombre digno de respeto por su elevada gerarquía, desmintiendo su ilustre nacimiento se humillaba hasta la bajeza, no perdonando medio alguno para satisfacer sus deseos. Estrellábanse empero todos sus planes al llegar á la inocente judía, modelo de virtud y de candor, y los continuos desengaños y desprecios que de la hermosa jóven recibiera el orgulloso Garci-Fernandez, en vez de apagar el fuego de una pasion tan insensata, avivaban mas y mas la llama que ardia en su corazon.

Vanamente se desvelaba en llevar músicas durante las noches á la calle de la hermosa jóven, y en cantarla canciones dulces y delicadas, compuestas por los mas afamados trovadores de aquellos tiempos; Esther permanecia sorda á sus ruegos y á sus cantares, y ni la mas pequeña demostracion de afecto recibiera de aquella por quien constantemente suspiraba. El tiempo en

tanto seguia su curso, y las muestras de indiferencia de la jóven daban pábulo á la pasion de Garci-Fernandez, que á cualquier precio queria hacerse dueño de su amor. Desesperado ya de poder conseguir su objeto, y mas amante que nunca, buscaba con anhelo los medios de poder seducir un corazon que no le queria, y que él necesitaba dominar para ser feliz; apurando todos los recursos para conseguirlo determinó escribir á Esther declarándola su pasion, y pintándola su horroroso estado, valiéndose para hacer llegar sus letras hasta ella, de un criado á quien sobornó. Puso éste la carta en un paraje donde Esther la viera al momento, y la inocente jóven sorprendida de hallar un billete en su misma estancia, le abrió recelosa, sospechando que fuese un nuevo tiro de aquel que la perseguia como su sombra; pero su sorpresa creció al leer las siguientes líneas:

«Hermosa hija del ilustre Aben-Juseph: Vuestra extraordinaria belleza ha seducido mi corazon, que solo late por vos. Esta confesion que hasta hoy no he tenido valor de hacer, tal vez os parecerá extraordinaria, pero mi amor no es para vos un secreto, porque mas de una vez, aunque indirectamente, he tenido ocasion de declarárosle. Mis títulos, mis riquezas, mi propia vida, todo es vuestro; mas en cambio necesito un amor sin el cual no puedo vivir, y no seréis tan cruel que exijais mi muerte.—*Garci-Fernandez.*»

Atónita quedó Esther con la lectura de esta carta, y al instante la

puso en manos de su padre, que no pudo ménos de ver en este desca-bellado amor un presagio de las des-gracias que andando el tiempo le sobrevinieron. Ordenó empero á su hija que no dijese nada á Benjamin de tan desagradable aventura, con el fin de no comprometer un lance entre él y Garci-Fernandez, y se propuso desde aquel momento no dar pábulo, valiéndose de los medios mas suaves, á una pasion en tan ma-la hora nacida.

CAPÍTULO II.

Un asesinato.

—Seguidme.

—¿Adonde?

—A reñir.

—Vamos; mas reñir ¿por qué?

—Seguidme, D. Juan, que á fé

Que os lo tengo de decir.

ZORRILLA.

[*Recuerdo de Valladolid*]

Tocó de paso el hierro,
Y en medio en medio del alma.

[*Romancero general.*]

Era una tarde del mes de Mayo: el Sol declinando á su ocaso parecia una hoguera al perderse detrás de las últimas sierras, y el canto de las aves que se dirigian á sus nidos, semejaba un himno celestial entonado para despedir al mas hermoso dia. Los trémulos rayos de la naciente Luna empezaban á reflejar en las plateadas ondas del caudaloso Guadalquivir, y las relucientes estrellas retrataban su brillo en las a-

del mismo modo que se ven los objetos en un espejo. La portentosa ciudad parecia dormirse poco á poco, y solo el leve ruido que formaban las blandas auras al sacudir las verdes hojas de los árboles que adornaban la magnífica ribera del rio, venia á turbar el general silencio de la noche. Todo era calma en la naturaleza, que parecia hallarse ufana de su hermosura, y la villa alumbrada apénas por la argentada Luna se mostraba aun mas hermosa con su vacilante luz. Dos hombres embozados en luengos ferreuelos caminaban por la orilla del rio hácia la Torre del Oro, y ni el mas leve sonido de sus voces fué á interrumpir el grato silencio de la noche. Llegaron por fin los dos misteriosos personajes al pié de la esbelta Torre que se eleva en la orilla del manso Bétis, como un gigante encargado de velar por la seguridad del rio, y arrojando al instante sus ferreuelos sacaron las espadas y se prepararon á combatir. Detúvose uno tempero al llegar el momento de cruzar los relucientes aceros, y rompiendo el silencio que guardáran, dijo de esta manera á su contrario.

—¿Es posible que os hayais cegado hasta el punto de retarme sin saber yo el motivo ni la razon que os asiste para comportaros así? Volved en vos, Garci-Fernandez, y no queráis esponer vuestra vida por una locura que yo no alcanzo, y sin conocimiento de la cual no entraré en duelo con vos de ningun modo.

—Escusado era á la verdad haber gastado el tiempo en venir aquí, si

el miedo habia de haceros arrepentir despues de haber aceptado un duelo, al cual con justísimas causas os he retado. Pero es en vano, Tello Hernandez, que os causeis en pedirme esplicaciones, si no quereis reñir buenamente, mi acero se esconderá en vuestro pecho, cual si fuera el hierro de un asesino.

—Si la persuasion no penetra en vuestra alma, si sois sordo á la voz de la razon, nunca cruzaré mi acero con vos, porque fuera lo mismo que pelear con un loco; pero si me decís el motivo que os ha impelido á retarme con tan extraordinaria frialdad, y éste es justo, soy noble y caballero, Garci-Fernandez, y mi espada sabrá sostener mi causa.

—Apelad á ella desde luego si no quereis que os mate en el momento; porque yo no doy razones á aquellos que han tenido la osadía de desairar el ilustre nombre que llevo, solicitando alzarse sobre aquel que mas elevada alcurnia posée.

—Bien alcanzo por vuestras palabras la causa de un duelo tan injusto, y ahora mas que nunca os digo que no cruzaré mi espada con vos, porque no es justo el motivo que habeis tenido para retarme. Si el rey, honrándome demasiado, me ha creído mas digno que vos para depositar en mí su confianza, culpa no es mia sino vuestra que no habeis procurado captaros su voluntad; y por cierto que es muy indigno de un caballero de vuestra alcurnia envidiar el puesto que los otros gozan, y querer deshacerse de los que hacen sombra, de

una manera tan villana; propia solo del alma de un bastardo.

—Callad ¡vive Dios! y no injuriéis al que es mas noble y caballero que vos, porque es preciso que esta noche sea la última de vuestra vida, y temo que á pesar mio mi brazo sepulte esta espada en vuestro pecho.

—Os desprecio tanto como á vuestras amenazas, y la mejor respuesta que puedo dar á vuestras necias sandeces, es abandonaros como á un loco que no piensa lo que va á hacer.

Y volviendo la espalda á Garcí-Fernandez y cogiendo su ferrucllo tomó el camino de la puerta de Jerez, mientras que aquel, furioso por el desprecio que se le acababa de hacer, é inspirado por un genio malféfico sin duda, clavó su acero por la espalda á Tello Hernandez, que en el mismo momento cayó en tierra esclamando:

—Muerto soy! vengadme, cielos!

Garcí-Fernandez apretó el paso, y un momento despues se hallaba en un pequeño gabinete de su casa azorado y lleno de pavor por el horrendo asesinato que acababa de perpetrar.—

Estraño habrá parecido á nuestros lectores este desafio, y ya es tiempo de que nosotros aclaremos este asunto que tan oscuro aparece.

Era Garcí-Fernandez un hombre orgulloso y vano, de aquellos que no llevan en paciencia el engrandecimiento de los demas, y envidioso de las dichas que otros poseen. Varias veces habia solicitado del rey, por premio de sus servicios hechos en las guerras contra los moros, que le

nombrase alcalde mayor de Sevilla; pero el monarca atendiendo, como era justo, al que mayores méritos alegaba, confirió este destino á Tello Hernandez, hombre en extremo recomendable, y el cual se habia distinguido mas señaladamente combatiendo contra los sarracenos. Desde este instante Tello fué un enemigo mortal para Garcí-Fernandez; solamente por haber recibido de manos del rey un destino que él solicitaba con empeño. Ya otras veces habia tenido ocasion de zaherir con indirectas el amor propio de Tello, pero éste demasiado prudente habia hecho como que no las entendia, por no comprometer un lance desagradable para los dos. Desesperado Garcí-Fernandez por una repulsa que habia recibido, escrita por Esther y remitida por su padre, deseaba hallar uno en quien desahogar su furia; y habiendo encontrado á Tello Hernandez, impelido por la rabia que le cegaba, y recordando que habia sido desechada por él su peticion, le retó del modo que hemos visto, asesinándole cobardemente, porque, mas racional que él, esquivó un duelo tan descabellado.

(Se continuará.)



EL TEMPLO Y LA RELIGION.

I.

Inmensa mole de piedra
Por alta torre guardada,
Donde el hombre se anonada,
Porque la imagen le arredra
De la sombra de su nada,

Se eleva, cual un gigante
Que mira el mundo á sus pies,
Y que con fiero talante
Dice orgulloso: — «Este es
Un reptil agonizante.» —

El hombre la fabricó,
Y de su obra admirado
Dijo: — «Este templo sagrado
No pude formarle yo
Tan sublime y elevado.» —

Y una voz aterradora
Respondió: — «Yo te guíe;
Que es mi voluntad agora
Que el hombre se arrastre al pie
De ese recinto que adora.» —

Así los años corrieron
Y los hombres se arrastraron;
Los años mas no volvieron;
Los hombres se consumieron
Y sus casas se arruinaron.

Solo existe el templo santo
Sobre tanta destruccion,
Siendo el asombro y espanto
De tanta generacion
Que le regó con su llanto.

Él vió unos hombres nacer,
Él los miró bautizar,
Y apenas los vió crecer
Los vió tambien sepultar
Para nunca mas volver.

«¿Qué es, pues, la vida?» — *Es un sueño:*
Un sueño que no se siente;

A veces puro y risueño,
Y que nos lleva á otro sueño
A dormir eternamente.

Durmamos, pues, si el dormir
Es disfrutar un placer;
¿Para qué sirve el vivir?
¿No es mejor ¡ay! no existir
Que vivir y padecer?

A qué arrastrar una vida
Tan colmada de amargura,
Por el cielo maldecida?
Vivamos en otra vida
Mas inocente y mas pura.

Que detras de esta morada
De agonía y de dolor,
Hay una gloria encantada
Donde brilla el Salvador
Con su Madre inmaculada.

II.

El hombre corre al templo á prosternarse
Ante las aras del altar de Dios,
Y Dios que en su recinto le recibe
Acoge bondadoso su oracion.

Postrá su frente en el sagrado suelo;
Eleva sus plegarias con fervor,
Y el ángel de la vida, que le escuda,
La lleva entré sus alas al Señor.

Llora, suspira, por sus muchas culpas
Implora de los cielos la piedad,
Y acabado su ruego fervoroso
Respira el alma bienhechora paz.

Que la oracion descarga el grave peso
Que el pecado arrojara al corazon,
Y le alivia y consueta, como el agua
Presta consuelo á la agostada flor. —

¡O religion!—Inagotable fuente
 Donde bebe las dichas el mortal.
 Tú le prestas alivio en su amargura,
 Tú le sirves de manto y de cendal.

Cúbreme, pues, con tus hermosas alas;
 Préstame algun consuelo en mi dolor,
 Y disipa las nubes que á mi alma
 Están siempre agitando con horror.

Mi labio enagenado te bendice!
 Tú eres del mundo norte, tú eres luz
 Que en este triste suelo y miserable
 La morada nos muestras del querub.

Tú sola en medio la comun ruina
 Firme te ostentas, eternal padron;
 Mas dura aun que roca diamantina,
 Tan alta casi como el mismo Dios.

Y aunque el templo perezca y su grandeza,
 Y aunque perezca el hombre y su maldad,
 Y aunque el mundo en pedazos se deshaga,
 Sobre el mundo y los hombres vivirás.

MANUEL CAÑETE.

Badajoz.—1838.

LOS TEMPLOS.

Este es el nombre de los edificios destinados al culto divino; pero el culto es mas antiguo que los templos.

El Pueblo de Dios no los tuvo en mucho tiempo, ni tampoco los Paganos. Hacian sus adoraciones sobre montañas, sobre colinas, sobre llanuras; y comprendiendo despues que era necesaria cierta concentracion de espíritu para invocar á los Dioses, celebráron sus misterios religiosos en los bosques. Mas tarde circuyeron con un muro el recinto en que lo verificaban, pero dejándole al descubierto para que pudiese verse el Cielo con toda libertad.

Segun Herodoto, fuéron los Egipcios los primeros que edificáron templos. Los Latinos los consagraban con ciertas ceremonias. El lugar en que el Senado Romano se reunia, es llamado tambien por algunos templo.

Para evitar las incomodidades que resultaban de congregarse la multitud en recintos descubiertos, empe-

zaron á construir techos en los templos, bien que en mucho tiempo solo fué llamado así el edificio en que los Augures observaban el vuelo de los pájaros, y en el cual se conservó una gran claraboya central. De aquí derivan algunos la palabra *contemplacion*.

En cuanto á la construccion de los templos antiguos, se observa que los arquitectos los edificaban de suerte que el pueblo, al hacer sus adoraciones, tuviese el rostro vuelto hácia Occidente; costumbre de que no se encuentra la razon, asegurándose tambien que despues se construyeron generalmente en sentido inverso, á fin de que las oraciones del pueblo se dirigiesen hácia el paraje de donde el Cielo enviaba á los hombres la luz. En cada templo habia, por lo regular, una sola puerta, y la forma del edificio variaba segun la divinidad á que estaba consagrado. Los de Júpiter eran de gran longitud, descubiertos generalmente, y de

...ucha elevacion; como para mani-
 ...star que aquel Dios era superior
 ...los otros dioses, y tal su grandeza
 ...que no conocia límites. Los de Cé-
 ...es, Vesta, Baco, y otras divinidad-
 ...es, relacionadas con la tierra eran,
 ...or imitacion, redondos. Los de Plu-
 ...n y demas númenes infernales se
 ...construian debajo de tierra. Los dio-
 ...es tutelares de las ciudades, tenian
 ...suyos en los parajes mas eleva-
 ...os de la poblacion; como para sig-
 ...ficar que desde aquella altura ve-
 ...aban en su proteccion y defensa.
 ...os dioses que presidian á las artes,
 ...las virtudes y á la paz recibian
 ...loracion en los parajes mas pobla-
 ...os de las ciudades. Vénus, Marte,
 ...elona y Vulcano eran adorados fue-
 ...de las poblaciones, para indicar
 ...que presidian á cosas perjudiciales
 ...al género humano, ó cuyo uso, por
 ...ménos, no debia ser familiar á
 ...los hombres. Neptuno tenia sus tem-
 ...plos en las inmediaciones del mar.
 ...Esculapio en los parajes mas tem-
 ...plados y agradables del campo, y
 ...an de las grandes poblaciones, y
 ...donde se respirasen aires mas pu-
 ...ros; para que todo contribuyese al
 ...establecimiento de la salud de los
 ...pueblos que le invocaban.

Los primitivos cristianos se reu-
 ...nían en ciertos lugares consagrados
 ...a la oracion, y á celebrar el santo
 ...sacrificio que instituyó Jesucristo,
 ...estas reuniones, y los edificios en
 ...que se tenian, se llamaron *iglesias*,
 ...de una palabra griega que signifi-
 ...ca *asamblea*. La casa de un Senador
 ...romano y la de una noble matrona
 ...de la misma ciudad fueron las pri-

meras iglesias de los Cristianos en
 Roma, segun afirman algunos escri-
 tores, añadiendo que aquel Senador
 era discípulo de S. Pedro. Luciano,
 contemporáneo de Marco Aurelio,
 describe una casa magnífica, cuyas
 puertas eran de bronce y los techos
 dorados, y que servia para las asam-
 bleas de los fieles; sin embargo, lo
 mas probable es que no tuvieron has-
 ta el tiempo de Maximino *iglesias*
 públicamente consagradas.

El emperador Diocleciano publi-
 có un edicto en el cual mandaba se
 derribasen todos los templos cris-
 tianos existentes en sus dominios.
 Aquel mandato se ejecutó rigurosamente;
 pero muerto Diocleciano poco
 después, volvieron los fieles á e-
 dificar sus iglesias. En el año 319
 fueron de nuevo demolidas por Li-
 cinio, que creyó no poder triunfar
 de Constantino si no abolia entera-
 mente la religion cristiana. Hemérico,
 rey de los vándalos, mandó cer-
 rar en un mismo dia todas las igle-
 sias católicas en África, por los años
 de 484. A fines del siglo décimo no
 edificaban los cristianos ningun tem-
 plo; lo qual se atribuye á la opinion
 que reinó por entónces de que el
 mundo tocaba á su fin; pero en prin-
 cipios del undécimo, abandonada ya a
 aquella creencia, no solo se emprendió
 la construccion de nuevas iglesias cris-
 tianas, sino que repararon tambien
 muchas de las antiguas, aunque algu-
 nas estuviesen en muy buen estado.

En los principios del Cristianismo
 se edificaban generalmente de ma-
 nera que los fieles estuviesen de ca-
 ra al oriente cuando hacian sus o-

raciones, y por lo demas se procuró que tuvieran alguna semejanza los edificios con el famoso Templo de Jerusalem. Habia delante de la puerta un vestibulo ó pórtico para los penitentes y otras personas á quienes no era permitido entrar en el templo. Pasada la puerta, estaba el recinto destinado á los legos: mas allá el de los Sacerdotes; y al tetero el llamado *Sancta Sanctorum*, en donde se celebraba el Santo Sacrificio. Habia ademas en las iglesias, algunos departamentos que S. Paulino llama *cámaras*, y que corresponden á lo que nosotros llamamos capillas. En una misma iglesia existian diferentes altares. Enterrábanse en las iglesias algunos de los mártires, y sobre sus sepulcros se levantaban aras. Delante de la puerta del Templo de Jerusalem habia un gran depósito de agua donde los Sacerdotes pudiesen lavarse pies y manos ántes de entrar; y tambien se establecieron delante de las igle-

sias, para que los que venian á visitarlas se lavasen el prostro y las manos. Usábase en un principio el agua comun, y se usó despues el agua bendita, con la cual se lavaban igualmente en sus casas ántes de ir al templo. Habia en las iglesias separaciones para hombres y para mujeres, que se colocaban al lado derecho, y aquellos al izquierdo, reputado alli por mas noble, como resulta de varios testimonios históricos, tanto respecto del Oriente como del Occidente.

Veíanse en las iglesias diferentes imágenes: y luego que el edificio estaba concluido, la primera que se colocaba era la de Cristo en la Cruz. Desde los primitivos tiempos tuvieron los Cristianos en sus templos lámparas de plata y vasos sagrados del mismo metal, y aun de oro macizo, á pesar de las grandes y obstinadas persecuciones que en contra del Cristianismo se fulminaron.

P. de M.

ESPERANZA Y AMOR.

A D....

Es el hombre infeliz desde que nace,
Cual misero reptil vive en el cieno,
Si algo toca su mano se deshace,
Y dō busca el placer halla un veneno.

CANTE.

Virgen arrebatada desde el cielo
A este mentido mundo de ilusion,
Que bajaste sin duda á aqueste suelo
Para inspirarme ciega adoracion.

Eres bella cual cándida azucena
 Que se eleva orgullosa en el jardín,
 Y esparce la fragancia que enagena
 El perfumado ambiente del confin.

Horas aciagas de pesar y llanto
 En mi ciego abandono contemplé,
 Y al entonar mis trovas de quebranto
 Ningun alivio en mi dolor hallé.

En todas partes mi pasión te via
 Y en un momento mi ilusión murió!...
 Mas nó, que una esperanza sonreía
 Y aun otra vez el corazón latió.

Una esperanza que juzgué mentira,
 Mas treguas diera á mi fatal dolor,
 Y si aun mi pecho por tu amor suspira
 Fué esa esperanza quien le dió valor.

Tu nombre solo en mi penar horrendo
 Único alivio de mi mal creí,
 Pues si apartarle de mi amor pretendo
 Me es imposible, porque estás aquí.

Aquí en el pecho de amargura henchido,
 Donde en su centro retratada estás,
 Y al exhalar mi postrimer suspiro
 Tu nombre en mi agonía escucharás.

Allá en la noche y avanzada hora
 Cuando el mundo al reposo se entregó,
 En el silencio mi razón devora
 Dulce mirada que ilusión creyó.

Si al blando lecho mi pesar confío,
 Creyendo que el reposo he de encontrar,
 Con ensueños de vida me sonrío
 Y solo hallo la muerte al despertar.

Porque es la muerte para mí, ventura,
 Si he de vivir para morir de amor,
 Si he de vivir mirando tu hermosura
 Sin poder repetirte mi dolor.

II.

De la lámpara que brilla
 En mi cuarto en rededor,
 Miro nacer y estenderse
 Fantasmas que la ilusion,
 Aumentan y desvanecen
 Venturas de aquel que amó.
 Con el pecho acongojado,
 Y violento el corazon,
 Veo acabarse la vida
 De la luz que iluminó
 Cortos momentos mi estancia,
 Y que inmortal se creyó.
 Surca entónces de mi frente
 Frio y rielante sudor,
 Porque cuando á oscuras quedo
 Me persigue una vision
 Que con voz aterradora
 Comprendiendo mi dolor,
 Contesta á mi pensamiento
 Que no he de hallar compasion:
 ¡Fuiste perjuro!! *me dice,*
 Y purgarás, pecador,

Inconstancias cometidas
 Con razon ó sin razon.
 Con las manos enlazadas
 Y con balbuciente voz,
 Pido entonce arrepentido
 De mis desmaues perdon;
 Pero altiva la fantasma
 Vuelve á decirme que nó;
 Y entre las densas tinieblas
 De la estancia que alumbró
 La ya fenecida lámpara,
 Presurosa se escondió.
 Mas sin embargo en la mente
 Mi martirio retrató
 Sus horrosas facciones,
 Su mirar aterrador,
 Su gigantesca estatura
 Y su maldecida voz;
 Que una y mil veces repite:
 "No hay para tí compasion,
 "Que es ya muerta tu esperanza
 "Como la luz que alumbró."

III.

Perdon, mi señora, perdon si un instante
 Con loco desvío tu amor olvidé,
 Volviendo á tus plantas humilde y constante
 Mi culpa, señora, tambien confesé.

Allá en el Empíreo que acato rendido
 Acoge en su seno al justo el Señor,
 Mas tiene en su corte lugar preferido
 Aquel que conoce que fué pecador.

Si horrenda fantasma en noches de duelo
 Propónese adusta mi dicha amargar,
 La luz de la aurora me presta consuelo
 Y hermosa esperanza miré al despertar,

Tal vez engañosa será, mi señora,
Cumpliéndose entera la cruel predicción,
Y entónces qué espero, me resta aun ahora
Morir y á la tumba llevar mi pasión.

JUAN BELZA.

1.º de Abril de 1840.

La pasión moral es el bello ideal del amor.

Para probar este aserto no es necesario recurrir á la autoridad de los filósofos, de esos hombres que pretenden analizar todas las cosas con una verdad matemática; pues basta que se consulte á sí misma una persona que tenga en su corazón sensibilidad y ternura. En efecto, aquel amor despojado de los sentimientos, aquel amor que por ser tan puro se hace mercedor de culto en el dulce objeto que le inspira, aquel amor que era el ídolo de los caballereros de la edad media, fecundo, inmenso, sin mezcla de deseos abrazadores y concupiscibles, aquel amor, en fin, que halla la felicidad en una serena mirada ó en una blanda sonrisa; ese amor, pues, es el que distinguimos con el nombre de *pasión moral*. Creemos que Rousseau es quien dice que «el amor es vil sin la unión de las almas, pero que despojado del placer de los sentidos queda reducido á casi cero.» Perdónenos el profundo filósofo, ciudadano de Ginebra, si nos atrevemos á hacer una distinción.

Cuando la pasión moral nace, si bien entre personas de ámbos sexos, es tan desinteresada en su objeto, que sus mayores goces son el resultado de amar por solo el placer de amar, y si algun interés la mueve es el deseo de ser amado. ¿Quién no ha amado una vez en su vida con este amor casto, con este amor puro y sin tacha que inunda nuestra alma de deliciosas fruiciones? Si este amor es correspondido, si las personas que le sustentan logran ver cercano el día de unirse para siempre con lazo indisoluble, este mismo amor, á proporcion que va acortando la distancia que le separará el día en que tuvo origen, va despertando un deseo de naturaleza muy diferente. Esta proposición que á primera vista será tachada por algunos de absurda, y por otros de paradójica, es una verdad meditada, que tiene la autoridad de infinitos ejemplos. Un hombre que en solicitud de la mano de una mujer ha pasado cierto tiempo, compare en su mente, si ha sustentado desde

luego una pasión moral, compare, repetimos, la naturaleza de su nacimiento amor con la de su amor próximo á consumarse. Al principio fundaba toda su felicidad en ver solamente á la persona amada, sin acordarse siquiera de que era del contrario sexo; pero esta misma pasión va perdiendo su bello ideal con la esperanza de la próxima unión; porque desde el momento en que nace el primer deseo (época harto difícil de fijar), cada día se suspira por otro nuevo, hasta que no habiendo deseos que satisfacer se entibia la pasión, y queda ésta entonces reducida á *casi cero*. Tal es la condición del corazón humano.

Empero la pasión moral no se despoja de su primitivo encanto cuando tiene vida entre personas que por la diferencia de condición, de situación, ó bien por otras causas, no solo no ven el día de unirse, sino que apenas alimentan una remota esperanza. Aun pudiera añadirse que la pasión del Tasso estaba destituida de toda esperanza, y que sin embargo consagró á ella toda su existencia; pero él mismo dice: «¿De qué depende el hilo de mi vida? De un solo golpe.... Quitame la esperanza, y verás....»

A aquel que ha tenido la desgracia de perder á la persona que amaba, á la que hacía la dicha de su corazón inspirándole una pasión moral ¿qué le resta?... Recuerdos, sí, nada más que recuerdos; pero como que su pasión fué pura, como que

no llegó el tiempo de unirla al placer de los sentidos, estos recuerdos son deliciosísimos á la par que mas y mas tristes.

La pasión moral es, pues, la poesía del amor, y ¡ay! de aquel que ni una sola vez en su vida ha sido capaz de poetizar el amor que una mujer le inspirara. Ese no conoce los goces del alma, ese no conoce otros goces que los meramente materiales ó *positivos*, como se llaman hoy; ese ente es una aberración de su especie, y tiene mucho adelantado para compararse á los brutos.

Una de las grandes pruebas de la constancia de la pasión moral, tal como la hemos presentado es que se hace superior á la ausencia. Ni el tiempo ni la distancia pueden arrancar del corazón un afecto tan puro, embellecido con todos los encantos de la imaginación.

Finalmente, la pasión moral llevada á su término hace nacer un deseo voluptuoso; en vez de que aquella que se mantiene en su primitiva elevación, sobre ser el tipo del bello ideal, es un sentimiento sublime.

Queda, pues, probado que pueden existir los goces del alma sin el interés de los sentidos, pero concedemos que puede llegar día en que éste logre unirse con aquellos; ó lo que viene á ser lo mismo, que el amor platónico llegado á ciertos límites, haga alianza con el amor epicúreo.

T.